LIBRO V

DIOS

DIOS.

Dios en la naturaleza, fuerza viviente y personal, causa de los movimientos atómicos, ley de los fenómenos, ordenador de la armonía, virtud y sosten del mundo.—El hombre creando á Dios á su imágen.—Error del antropomorfismo.—El filósofo griego Xenóphanes hace 2400 años.—La naturaleza de Dios es inconocible.—Ningun sistema humano puede definirle.—Diferentes formas de la idea de Dios segun los hombres.—El Dios de la ciencia.—Ultimas consideraciones sobre la doctrina.—Conclusion general.—Epilogo.

Las consideraciones con que vamos á cerrar nuestra demostracion general son mas bien su síntesis que su peroracion; y si es cierto que la ciencia y la poesía estén intímamente asociadas en la contemplacion de la naturaleza, no podemos razonablemente prohibir al sentimiento poético que se manifieste en estas últimas impresiones causadas por el espectáculo del mundo en nuestro pensamiento.

Casi no nos seria necesario al presente consagrar un estudio especial á la causa de Dios, porque hemos combatido por esta causa desde las primeras páginas de este relato, y todas nuestras conclusiones particulares se han dirigido á este objeto supremo. Esto no obstante, bueno es coronarlas con una conclusion general. A la manera que el naturalista, el botánico, el geómetra, el agrimensor, el artista ó el poeta, despues de haber examinado los pormenores de un paisaje, y trepado por la colina cuya vertiente domina los sitios estudiados, se vuelve para contemplar de una sola mirada,

el conjunto de aquel paisaje y abarcar en su extension la distribucion general, el plan y la belleza del panorama; del mismo modo, despues de los estudios particulares sobre las leyes de la materia y sobre las de la vida, es bueno volverse y admirar con calma. La mirada contemplativa del alma gusta saturarse con la irradiacion celeste de que está inundada la naturaleza. Aquí ya no hay discusion, sino la contemplacion recogida de la luz y de la vida que resplandecen en la atmósfera, brillan en el esplendor de las flores, cambian en sus matices, circulan bajo el follage de los bosques, y con un beso universal abrazan los séres innumerables que se agitan en el regazo de la naturaleza. Despues del poder, despues de la sabiduría, despues del espíritu, la bondad inefable es la que se deja presentir; es la ternura universal de un sér siempre misterioso, haciendo sucederse en la superficie del mundo las formas innumerables de una vida que se perpetúa por el amor y que no se extingue nunca.

La correlacion de las fuerzas físicas nos ha manifestado la unidad de Dios bajo todas las formas pasageras del movimiento; por medio de la síntesis, el espíritu se eleva á la nocion de una ley úuica, de una ley y de una fuerza universales que no son sino la accion del pensamiento divino. Luz, calor, electricidad, magnetismo, atraccion, afinidad, vida vegetal, instinto, inteligencia, toman su orígen en Dios. El sentimiento de lo bello, la estética de las ciencias, la armonía matemática, la geometría, iluminan estas fuerzas múltiples con una atractiva claridad, y las revisten con el perfume de lo ideal. Bajo cualquier aspecto que el espíritu meditativo observe la naturaleza, encuentra el hombre una via que va á parar á Dios, fuerza viviente, cuyas palpitaciones se creen sentir bajo todas las formas de la obra universal, desde el estremecimiento de la sensitiva hasta el canto cadencioso de la alondra matutina. Todo es número, armonía, revelacion de una causa inteligente que obra universal y eternamente. Dios no es, pues, como decia Luthero, «un cuadro vacío en el cual no hay otra inscripcion que la que pongamos nosotros mismos.» Por el contrario, Dios es la fuerza inteligente, universal é invisible, que construye sin cesar la obra de la naturaleza. Al sentirla eterna presencia de este

Dios, comprendemos las palabras de Leibnitz: «Hay por todas partes metafísica, geometría, moral;» y el antiguo aforismo de Platon (1) que podemos traducir: «Dios es el geómetra eternamente obrando.»

Apartada de las agitaciones de la sociedad humana, y en el recogimiento de las profundas soledades es donde unicamente le es permitida al alma contemplar de frente la gloria del invisible manifestada por lo visible. En esta entrevista de la presencia de Dios sobre la Tierra, es donde se eleva el alma á la nocion de lo verdadero (2). El lejano ruido del Océano, el paisaje solitario, las aguas que sonrien silenciosamente, las selvas que suspiran ensueños congojosos, las orgullosas y vigilantes montañas, que todo lo miran desde arriba, son manifestaciones sensibles de la fuerza que vela en el fondo de las cosas. A veces me he entregado á vuestra dulce contemplacion, ¡oh vivientes esplendores de la naturaleza! y siempre he sentido que una poesía inefable os cubria con sus caricias. Cuando mi alma se dejaba seducir por la mágia de vuestra hermosura, oia acordes desconocidos escaparse de vuestro concierto divino. Sombras de la noche que flotais en la vertiente de las montañas, perfumes que descendeis de los bosques, flores inclinadas que cerrais vuestros labios, sordos ruidos del Océano, cuya voz no se extingue, calma profunda de las noches estrelladas! me habeis embelesado hablándome de Dios con una elocuencia mas íntima y mas irresistible que los libros de los hombres. En vosotros ha encontrado mi alma la ternura de una madre, y la cándida pureza de la inocencia; y cuando se ha dormido en vuestro regazo ha despertado henchida de gozo y felicidad. Coloraciones esplendorosas de los crepúsculos! ¡encantos de las últimas claridades! ¡recogimientos de las alamedas solitarias! ¡vosotros guardais para los que os aman deliciosos instantes de embriaguez! ¡Abrese la azucena y bebe extasiada la luz matinal descendida de los cielos! En estas horas de contemplacion conviértese el alma en una flor que aspira con avidez la radiacion celeste. Ya no es la atmósfera solamente una mez-

(1) Ἀεὶ ὁ Θεὸς γεωμετρεῖ.

(2) Ascensio mentis in Deum per scalas rerum creatarum.—Bellarmin.

cla de gas; ya no son las plantas solamente agregaciones de átomos de carbono é hidrógeno; los perfumes no son ya solamente moléculas impalpables que se esparcen para preservar las flores del frio de la noche; la brisa embalsamada ya no es solo una corriente de aire; las nubes no son ya únicamente vesículas de vapor acuoso, ni la naturaleza es ya solamente un laboratorio de química ó un gabinete de física. Se siente una ley soberana de armonía, de órden, de belleza, que dirige la marcha simultánea de todas las cosas, que rodea hasta los séres mas pequeños de una vigilancia instintiva, que guarda preciosamente el tesoro de la vida en toda su riqueza, que, por su eterno rejuvenecimiento desplega con un poder inmutable la fecundidad creada. En esta naturaleza entera, hay una especie de belleza universal que se respira, y que el alma se identifica, como si esta belleza enteramente ideal perteneciese únicamente al dominio de la inteligencia. ¡Lucero precursor de la noche! ¡carro del septentrion! ¡magnificencias consteladas! ¡perspectivas misteriosas del insondable abismo! ¿Cuál es la vista instruida de vuestras riquezas que pueda miraros con indiferencia? ¡Cuántas miradas pensativas se han perdido en vuestros desiertos, oh soledades del espacio! ¡Cuántos pensamientos angustiados han viajado de una isla á otra de vuestro brillante archipiélago! Y en las horas de ausencia y de actitudes melancólicas, ¡cuántos párpados humedecidos por las lágrimas se han bajado sobre unos ojos fijos en una estrella preferida!

Y es que la naturaleza tiene en sus lábios dulcísimas palabras, tesoros de amor en sus miradas, sentimientos de exquisito afecto en su corazon; que no consiste solamente en una organizacion corporal, sino tambien en su vida y en su alma. El que no ha considerado nunca sino su aspecto material no la conoce mas que á medias. La belleza íntima de las cosas es tan verdadera y tan positiva como su composicion química. La armonía del mundo no es menos digna de atencion que su movimiento mecánico. La direccion inteligente del universo debe estar confirmada bajo el mismo título que la fórmula matemática de las leyes. Obstinarse en no considerar la criatura sino con los ojos del cuerpo, y

nunca con los del espíritu, es detenerse por gusto en la superficie. Bien sabemos que nuestros contrarios van á objetarnos que el espíritu no tiene ojos, que es un ciego de nacimiento, y que toda afirmacion que no está dada por el ojo corporal, no tiene valor ninguno. Pero esta es una suposicion arbitraria, muy mal fundada. Hemos visto que no se puede de buena fé, poner en duda las verdades del órden intelectual, y que la certidumbre de toda verdad donde se establece es en nuestro mismo juicio. Vamos á destruir sin confusion estas tristes objeciones. Para nosotros, la naturaleza es un sér viviente y animado; es todavía mas: una amiga; siempre presente, nos habla por sus colores, por sus formas, por sus sonidos, por sus movimientos; tiene sonrisas para todas nuestras alegrías, suspiros para todas nuestras tristezas, simpatías para todas nuestras aspiraciones. Como hijo de la Tierra, nuestro organismo está en vibracion con todos los movimientos que constituyen la vida de la naturaleza: él los comprende, los reparte, y deja de ellos en nuestro sér una resonancia profunda cuando el artificio no nos ha atrofiado. Como hija del principio de la creacion, nuestra alma reconoce lo infinito en la naturaleza. Para la ciencia espiritualista no hay ya, frente á frente el uno del otro, un mecanismo autómata y un Dios encastillado en su absoluta inmovilidad; Dios es el poder y el acto de la naturaleza; él vive en ella, y ella en él; el espíritu se hace sentir al través de las formas variables de la materia. Sí, la naturaleza tiene armonías para el alma, pinturas para el pensamiento, bienes para las ambiciones del espíritu, ternuras para las aspiraciones del corazon. Y porque no nos es extraña, no está separada de nosotros, sino que formamos uno con ella.

Empero la fuerza viviente de la naturaleza, esa vida mental que reside en ella, esa organizacion del destino de los séres, esa sabiduría y esa omnipotencia en el sosten de la creacion, esa comunicacion íntima de un espíritu universal entre todos los séres: ¿qué otra cosa es sino la revelacion de la existencia de Dios? ¿qué es, sino la manifestacion del pensamiento creador, eterno é inmenso? ¿Qué es la facultad electiva de las plantas, el instinto inexplicable de los animales, el genio del hombre? ¿Qué es el gobierno de

la vida terrestre, su direccion alrededor del foco de su luz y su calor, las revoluciones celestes de los soles en el espacio, el movimiento universal de los mundos innumerables que gravitan juntos en el infinito, sino la demostracion viviente é imperiosa de la voluntad inaccesible que tiene el mundo entero en su poder y todas nuestras oscuridades en su luz? ¿Qué es el aspecto espiritual de la naturaleza, sino la pálida irradiacion de la belleza eterna? esplendor desconocido que nuestros ojos desviados por las falsas claridades apenas pueden entrever en las horas santas y benditas en que el divino Sér nos permite sentir su presencia?

Las leyes de la naturaleza nos han probado la existencia de una Inteligencia ordenadora. Esas leyes, dice sir John Herschel (1), no solo son constantes, sino concordantes, inteligibles. Es fácil comprenderlas con ayuda de algunas investigaciones mas propias para evitar que para satisfacer la curiosidad. Si perteneciésemos á otro planeta, y trasladados de repente á una de nuestras sociedades, nos pusiésemos á observar lo que pasa en ella, desde luego nos encontraríamos apurados para decir si esta sociedad estaba sometida á leyes. Si, llegado que hubiésemos á descubrir que pretende tenerlas, intentásemos investigar, por la conducta y las consecuencias que lleva tras sí, cuáles son estas leyes, en qué espíritu están concebidas, tal vez hallariamos grandes dificultades para descubrir reglas aplicables á casos particulares; pero si quisiésemos generalizar, si intentásemos deducir algunos principios capitales y comunes; el cúmulo de absurdos y contradicciones que se presentarian por do quiera nos distraería de un exámen mas ámplio ó nos convenceria de que no existe lo que buscamos. Todo lo contrario sucede en la naturaleza. En ella no se encuentra disonancia, contradiccion ninguna, no se encuentra mas que armonía. Nunca hay necesidad de olvidar lo que una vez se sabe. Cuando las reglas se generalizan, las excepciones aparentes se hacen regulares. Una frase equívoca en su sublime legislacion es tan inaudita como un error.

Los grandes hechos de la ciencia moderna han transformado la idea de Dios y de hoy más nos la presentan bajo un aspecto muy diferente de aquel que ofrecia hasta nuestros dias. Este nuevo aspecto es á la vez mas inmenso y mas difícil de comprender. Sin embargo, podemos á lo menos concebir, si no esquivar, el conjunto de esta metamórfosis progresiva.

(1) On the study of the natural philosophy.

La ignorancia habia humanizado á Dios; la ciencia lo diviniza,—si es que este pleonasmo no ofende los oidios gramaticales. En otro tiempo, Dios fué hombre; al presente es Dios. La fe del carbonero tan ensalzada no hace mucho tiempo, no es ya la verdadera fe. El *Credo quia absurdum* es un doble absurdo. El Sér supremo, creado á imágen del hombre, ve actualmente esta imágen borrarse poco á poco para dejar en su lugar su realidad sin forma. Porque la forma, la definicion, el tiempo, la duracion, la medida, el grado de poder ó de actividad, la descripcion, el conocimiento, no se aplican á Dios; únicamente se principia á conocerle. El nombre mismo oculta una idea incompleta, y seria necesario poder hablar de Dios sin nombrarle. En otro tiempo Júpiter tenia el rayo en su mano, Apolo conducia el carro del Sol, Neptuno reinaba en el Océano. En la idolatría de los buddhistas, Dios resucitaba un muerto sobre la tumba de un santo, hacia hablar á un mudo, oir á un sordo, crecer una encina en una sola noche, hacer salir á un ahogado á la superficie del agua, descubria las regiones del tercer cielo á un extático, conservaba sano y salvo á un mártir en medio de las llamas, llevaba á un predicador á cien leguas en un abrir y cerrar de ojos, y derogaba á cada instante sus leyes eternas. Hoy todavía, lejos de aquí, en el Tibet, se adora á Maitreya: la mano de este dios enfrena el furor de las olas, bendice á un ejército y maldice á su rival, dirige la lluvia hácia paises en que las procesiones se la piden, y como la de un hábil jardinero, riega aquí, sombrea allí, calienta á esta planta, poda una rama, casa dos flores, ingerta una familia en otra, y tiene un registro heráldico de todos los nombres y de todas las fechas. La mayoría de los que creen en Dios se representan á este ser desconocido como un hombre superior sentado en alguna parte por encima de nuestras cabezas, que desde allá

arriba preside á nuestras acciones terrestres, está dotado de una excelente vista, de un oido no menos perfecto, tiene las riendas del mundo, y en caso de necesidad, llama á un ángel que esté de servicio para que vaya á poner corriente alguna máquina algo entorpecida. Si se ha de dar crédito tambien á las tradiciones del Dhammapadam y á las inscripciones de Aschoka, Buddha tiene un hijo, Buddhisattva, mediador sentado á su derecha, y una tercera persona, Buddha-Manuschi, «la realizacion de Dios por medio del hombre.» Estos personajes viven en las alturas del Nirvana eterno, rodeados de espíritus, de tronos, de apóstoles, de mártires, de pontífices, de confesores, de dominaciones, de potestades, de magos del culto precursor, de los videntes de la filosofía sankhya, que fueron purificados, etc., Todo esto está eternamente dispuesto por gradas, cada uno segun el mérito contraido durante una vida efímera.

La historia de la idea de Dios entre los hombres nos manifiesta que esta idea fue relativa al estado intelectual de las naciones y de sus legisladores, á los movimientos de la civilizacion, á la poesía de los climas, á la raza de los habitantes, á la fecha de los tiempos en que florecieron los diferentes pueblos, á los progresos del espíritu humano; y descendiendo por el curso de las edades, asistimos sucesivamente á la decadencia y tergiversaciones de esta idea imperecedera que unas veces brillante y otras eclipsada, puede no obstante ser siempre visible en la historia de la humanidad. Y observamos tambien que esta idea relativa difiere del solo absoluto sin el cual no se puede en adelante concebir la persona divina.

A este absoluto,—importa afirmarlo en estas últimas páginas del presente libro,—á este absoluto, no le conocemos. No es ni el Varuna de los Aryas, ni el Elim de los egipcios, ni el Tien de los chinos, ni el Ahura-Mazda de los persas, ni el Brahma ó el Buddha de los indios, ni el Jehováh de los hebreos, ni el Zeus de los griegos, ni el Júpiter de los latinos, ni aquel á quien los pintores de la Edad media han sentado en un trono en la cumbre de los cielos. Nuestro Dios es todavía desconocido, como lo era para los Vedas, como lo era para los sábios del areópago de Atenas. La nocion de algunos eminentes padres de la Iglesia cristiana y de algunos teólogos modernos ilustrados se acerca mas que ninguna otra á ese Dios desconocido; pero ¿podria comprenderle cuando ningun espíritu creado, ni los hombres, ni los ángeles (si es que hay ángeles) pueden llegar á comprenderle?

No es cosa de entretenernos aquí hablando de las residencias imaginadas para la persona de Dios; no hablaremos del cielo poético de los griegos, poblado de figuras ideales, en donde los dioses siempre jóvenes y siempre bellos, se solazan, rien, combaten como los hombres, y encuentran su dicha mayor en tomar parte en los destinos humanos; ni del sombrío é irascible Jehovah de los judíos, que castiga hasta la tercera y cuarta generacion. Tampoco diremos nada del cielo de los orientales que promete á los fieles numerosas huríes, hermosas en medio de una perpetua frescura, y el goce eterno de los sentidos; ni del cielo de los groenlandeses, en donde la mayor parte de la dicha consiste en una gran cantidad de peces y aceite de ballena; ni del indio cazador, recompensado por una caza eternamente abundante, ni del germano que bebe en el Walhalla el hidromiel en el cráneo de uno de sus enemigos, etc.

Si el juicio del hombre no ha podido formarse una idea pura y abstracta del absoluto, hay que confesar que las tentativas de la filosofía no han sido mas felices. El que se tomase el trabajo de reunir todas las ideas que se han formado sobre Dios, sobre el absoluto, ó sobre lo que los filósofos llaman el alma del mundo, se asombraria del número de sistemas diferentes que desde el orígen de los tiempos históricos hasta nuestros dias, ofrecen pocos raciocinios nuevos, y rara vez son razonables.

Los hombres tratan á Dios, decia Goethe (1), como si el Sér supremo, el Sér incomprensible, indefinible, no fuese otra cosa que su semejante; pues de otro modo no dirian: «El Señor Dios, nuestro Dios, el buen Dios.» Llega á ser para ellos, y en especial para la gente de iglesia que tienen siempre su nombre en la boca, un simple vocablo, una palabra de costumbre bajo la cual no expresan la menor

(1) *Entretiens de Gœthe, et d' Eckermann*, I, 8.

idea. Pero si estuviesen penetrados de la grandeza de Dios, guardarian silencio, y por respeto, se abstendrian de nombrarle.

Virchow no está en lo cierto cuando dice que el hombre no puede concebir nada de lo que hay fuera de él, y que todo lo que está fuera de él es trascendental.

El hombre se retrata en sus dioses, dice tambien Schiller.

La naturaleza de Dios está en cuestion, como su misma existencia, en nuestro siglo, tan rigorosamente como en los primeros dias de la filosofía. Ya ha podido observarse en la marcha general de esta obra, que nuestro objeto es sensiblemente *el mismo hoy que el de Xenóphanes*, seiscientos años antes de nuestra era: oponer una conviccion pura y razonada á los dos errores contrarios del ateismo absoluto y del antropomorfismo. Hace mucho tiempo (1) que este filósofo fundador de la escuela de Elea, protestó juiciosamente contra estas dos funestas ilusiones. «Los hombres, decia, son los que parece han producido los dioses y les han dado su sentimiento, su voz, sus maneras (2). Si los bueyes ó los leones tuviesen manos, si supiesen pintar con las manos y hacer obras como los hombres, los caballos se servirian de los caballos y los bueyes de los bueyes para representar á sus deidades, y les darian cuerpos tales como los que ellos tienen.» Refutó las supersticiones que consistian en atribuir los hombres á los dioses su propio color; por ejemplo, el de los etiopes que, siendo negros y chatos representaban divinidades como ellos;—de los trácios que, teniendo ojos azules y cabellos rojos, hacian lo mismo; de los medos y persas que modelaban á sus dioses por ellos mismos, y de los egipcios que daban á sus deidades la misma forma que ellos tenian.

Existe un solo Dios, superior á los dioses y á los hombres.
Y que no se parece á los mortales ni por la figura, ni por el espíritu.

Clemente de Alejandría, que nos ha conservado estos versos, los caracteriza muy bien diciendo que Xenóphanes enseña en ellos la unidad y la espiritualidad de Dios. ¿En

(1) V. Clem. Alex., *Strom.* V;—Eusebio, *Præp. Evang.*, XIII.
(2) Theodor., *De affec. curat.*, III.

qué filósofo jónico, anterior á Anaxágoras, se encontraria un pensamiento análogo á este? «Sin conocer la fatiga todo lo dirige por el poder de su inteligencia.»

Aristóteles, Simplicio y Theofrasto nos han conservado el cuerpo de la argumentacion que sirvió á Xenophanes para demostrar que Dios no ha tenido principio y por tanto que no ha podido nacer. Es imposible, dice V. Cousin (1), dejar de sentir una impresion profunda y casi solemne, en presencia de esta argumentacion, cuando se dice que es acaso la vez primera que, en la Grecia al menos, el espíritu humano ha intentado darse cuenta de su fe y de convertir sus creencias en teorías. Es natural, añade el filósofo ecléctico, cuando se tiene el sentimiento de la vida y de esta existencia tan variada y tan grande de que formamos parte, cuando uno considera la extension de este mundo visible y al mismo tiempo la armonía que reina en él y la hermosura que resplandece en él por todas partes, detenerse en donde se detienen los sentidos y la imaginacion, y suponer que los séres de que se compone este mundo, son los únicos que existen; que este gran todo tan armonioso y tan uno es el verdadero sujeto y la última aplicacion de la idea de la unidad, que en una palabra, este todo es Dios. Expresad este resultado en lengua griega, y será el panteismo. El panteismo es la concepcion del todo como Dios único. Por otra parte, cuando se descubre que la aparente unidad del todo no es mas que una armonía que admite una variedad infinita, que se parece mucho á una guerra y á una revolucion constituida, no es menos natural entonces separar de este mundo la idea de la unidad, que es indestructible en nosotros, y, separada de esta manera del modelo imperfecto de este mundo visible, referirla á otro sér invisible, tipo sagrado de la unidad absoluta, mas allá de la cual nada hay ya que concebir ni buscar.

Estas dos soluciones exclusivas del problema fundamental se han reproducido sin cesar en todas las grandes épocas de la historia de la filosofía, con las modificaciones que el progreso de los tiempos les ocasionó; pero en el fondo

(1) *Fragments de philosophie ancienne.*

son siempre las mismas; y puede decirse con verdad, que la historia de su lucha perpetua y del alternativo dominio de ambas, ha sido hasta aquí la historia misma de la filosofía. Y porque esas dos soluciones pertenecen al fondo del pensamiento, este las reproduce sin cesar, en una imposibilidad igual de separarse una de otra, y de contentarse con cualquiera de ellas.

Vemos por los documentos de Aristóteles que la gran preocupacion de Xenóphanes fue no identificar á Dios con el mundo, y sin embargo no hacer de él una abstraccion. La idea de un sér infinito y que estuviese fuera del mundo, le parecia una idea puramente negativa, que temia aplicar á Dios, al mismo tiempo que le repugnaba, como pitagórico, hacer de él un sér finito, móvil, y únicamente dotado de las cualidades de este mundo. Simplicio ha referido de este filósofo dos versos que parecen admitir la inmovilidad del primer principio: «Permanece siempre en sí mismo sin cambio ninguno, y no se traslada de un lugar á otro, porque es idéntico á sí mismo.» Xenóphanes se ha ocupado principalmente del mundo exterior; pero no habiendo permanecido extraño á las especulaciones pitagóricas, supo ver en este mundo inteligencia, armonía y unidad, y llamó Dios á esta *unidad*, tal como la veia y la sentia, es decir en relacion íntima con el mundo, no negando que sea esencialmente distinto de él, pero no afirmándolo tampoco.

Todos los historiadores convienen en atribuir á Xenóphanes la invencion del escepticismo universal, al mismo tiempo que le acusan de panteismo. Acaso sea particularmente necesario hacer observar aquí que es una extraña acusacion principiar por atribuir á un hombre un dogma exagerado, para concluir por acusarle de haber introducido en la filosofía la doctrina de la incomprensibilidad de todas las cosas. Sexto cita en apoyo de esta opinion un texto de Xenóphanes: «Ningun hombre ha sabido ni sabrá nada de cierto sobre los dioses, y sobre todo del que hablo. Y el que mejor hable de ellos no sabe nada, y la opinion reina sobre todo (δόκος τ' ἐπὶ πᾶσι τέτυκται.)»

¿No se explica claramente el mismo filósofo, y no dice que aquí se trata de los dioses, de esos dioses á los cuales se

sabe que hacia una guerra encarnizada? El lazo que le unia á las dos escuelas de que participaba era el escepticismo, y en estas escuelas era como una fórmula convenida que la creencia en los dioses estuviese separada de la ciencia. Hoy estamos en el mismo caso: hay todavía dioses humanos que desenmascarar, y un Dios verdadero que anunciar.

Hoy todavía, como en tiempo de Xenóphanes, importa combatir esas tendencias del hombre á referirlo todo á sí y á trasladar sus ideas imperfectas al dominio del Criador. La ciencia iconoclasta derriba nuestras pueriles imágenes. La ciencia, es verdad, no se ocupa directamente de estas creencias; nadie duda que tenga otros objetos de estudio menos inasequibles y mas positivos que aquellos. Pero por medio de sus conquistas en el mundo físico y por su espíritu de exámen, modifica necesariamente nuestra manera de ver; y ya no podemos conciliar el carácter del espíritu científico con esas encarnaciones de ideas infantiles é indignas del absoluto. En esto consiste precisamente su tendencia general. Y en esto, como en las causas finales, tenemos el disgusto de observar que cierto número de hombres científicos, reconociendo los errores humanos de los cuales acabamos de señalar algunos tipos, han abandonado á la vez estos errores y toda creencia; como si la ilusion y la incapacidad de nuestra miseria acarreasen la caida de la causa primera que ellas han desfigurado!

Aparte de esto, puesto que se presenta la ocasion, añadimos que esa exageracion de escepticismo no debe imputarse rigorosamente á la resolucion misma de los que han caido en tan hondo abismo: preciso es reconocer que á veces se empeñaron en ella por una especie de revancha contra la exageracion opuesta. La fuerza principal del ateismo viene ciertamente de los mismos excesos del espiritualismo; excesos que piden una inevitable y legítima correccion. ¿Cómo han tratado los espiritualistas imprudentes á la inmensa Naturaleza? Han admitido una eternidad de inaccion, una creacion espontánea del universo: en el vacío infinito, una voluntad arbitraria establece la sucesion de la duracion y de la extension. El mundo está sin raices en el pasado, y se nos presenta como un puro accidente. Pero hay en el es-

piritualismo exclusivo ideas mas temerarias todavía: hay la negacion de la materia, que ya hemos citado en el libro I (pág. 59). Berkeley (*Princ. conn. hum.*) ha sentado la afirmacion siguiente: «Hay verdades tan cerca de nosotros y tan fáciles de comprender, que basta abrir los ojos para verlas; y, en el número de las mas importantes, me parece estar esta: que la bóveda admirable de los cielos, que la tierra y cuanto hermosea su seno, en una palabra, que todos los cuerpos cuyo conjunto compone este magnífico universo *no existen* fuera de nuestros espíritus.» Confesémoslo sin vacilar: llevar la paradoja hasta ese punto, es provocar el exceso contrario, el cual no tarda en responder, y se presenta violentamente bajo la forma de ateismo.

Hay otros fanáticos que no solo creen firmemente los absurdos mas irritantes, sino que además estan persuadidos de que se hallan en relacion con Dios mismo, y se expiden en razon de esta gracia especial, una patente de infalibilidad. Estos espíritus oscuros se imaginan neciamente que el fantasma que se han forjado es el Dios verdadero, el criador del cielo y de la tierra, y, al menor pretexto, tratan doctoralmente de impíos y de ateos á todos los que no piensan como ellos (1). Si se les oye, es preciso creer

(1) Si el espiritualismo no domina hoy en el mundo, y si hay todavía hasta entre los sábios (y quizá sobre todo entre ellos), ateos y materialistas de buena fé, la culpa es de los espiritualistas mismos, que generalmente se han entregado al método dialéctico, en vez de tomar el método experimental. Todavía raciocinan por medio de las palabras, en vez de raciocinar por los hechos. Sean alemanes, ingleses ó franceses, son con frecuencia oscuros. El espiritualismo no ha sido tan bien servido como el materialismo. Hoy todavía, los que pelean en las primeras filas de nuestro ejército charlan como en tiempo de Aristóteles ó de los peripatéticos. Juego de palabras, discusiones de términos, círculos viciosos, peticiones de principios, silogismos capciosos, pruebas insuficientes; todavía tienen aquellos viejos defectos, mientras que nuestros adversarios se han corregido de ellos. ¿Por qué, pues, los espiritualistas no habian de ser mecánicos, matemáticos, geómetras, astrónomos, químicos, geólogos, naturalistas? ¿Por qué insisten en jugar con las palabras, y se hunden tan á menudo en las profundidades inaccesibles de una metafísica oscura? Obra hay escrita, por otra parte, con excelentes intenciones, destinada á demostrar la existencia de Dios y del alma, y cuya lectura es tan fatigosa, que los pocos que las leen se detienen á las primeras proposiciones. No debemos citar á estos autores (que ademas son amigos nuestros y combaten en el ala derecha de nuestro ejército), pero no podemos dejar de confesar que es sobrado enojoso para nuestra causa ser servidos por capitanes cuyas armas datan de los griegos y de los cartagineses.

en sus frivolidades ó no creer en nada. No hay término medio; todo espíritu religioso que no revista su traje es anatematizado. Declaran tambien que prefieren el incrédulo

Si esta advertencia, «hecha por un amigo» sirviese para disuadir á los señores profesores y agregados ó sustitutos de filosofía, de que prosiguieran en sus tendencias retrógradas, nos felicitaríamos por el triunfo de nuestra causa. Los que viven aislados en el mundo solitario de la metafísica y se rodean de un círculo intraspasable, interceptando toda comunicacion con el mundo exterior, pierden (ó cuando menos no ganan) el rigor del raciocinio tan absolutamente necesario en nuestra era de ciencia pura ó aplicada. Lentamente acostumbrados á los términos que eligieron, y que aun á veces sin saberlo les han dado otro sentido que el primitivo ó general, concluyen por hablar solos, y de una manera ininteligible. Algunas veces los hemos comparado *involuntariamente* á esos gritadores de las calles, que han principiado por pronunciar bien algunas de las palabras de su muestra verbal, y concluyen por articular sonidos ininteligibles, cuyo sentido no se adivinaria nunca si no se viesen sus canastas de cristalería ó sus carretones de frutas. No insistimos en esta comparacion demasiado vulgar. Todos los metafísicos de profesion se parecen un poco bajo este punto de vista. Y sin embargo, no podemos menos de confesar que muchos folletos que tenemos á la vista, entre otros uno intitulado: *Fuerza y Materia*, ó sea *Refutacion de las doctrinas de esta obra*, no ayudan por su estilo á las excelentes intenciones de sus autores. Nuestros adversarios deben á veces reirse de nuestras refutaciones. Acaso continúen burlándose despues de haber leido la nuestra. Dicen á sus vecinos que nuestras razones no significan nada. Están en su derecho para decirlo, porque no harian en esto sino usar de represalias.

¿Cómo explica Hegel la naturaleza de Dios? Esto es lo que se os suplica comprendais por el siguiente pasaje: «La idea lógica, llegada á su último límite, aparece. La *intuicion*, es decir, la idea absoluta llegada á este límite va mas allá y fuera de ella misma, y esta mirada ulterior conduce y constituye el primer momento, el momento mas abstracto de la exterioridad ó del espacio. El espacio es, segun Kant, la condicion y el substrato de toda intuicion, lo cual es cierto; solo que Kant no ha comprendido sino el lado subjetivo y psicológico del espacio. Lo que hay que decir acerca del espacio, es que por lo mismo de ser la condicion de toda intuicion, él mismo es la intuicion en sí, la intuicion en potencia, ó si se quiere, la posibilidad misma de toda intuicion,—la *intuibilidad*, si fuese permitido emplear esta expresion,—como él es la posibilidad de las formas mas abstractas de la intuicion; sus formas geométricas, queremos decir. El espacio es, por consiguiente, el momento mas abstracto y mas indeterminado de la intuicion y de la exterioridad, y como tal, forma el primer momento de la naturaleza, y el paso de la lógica á la naturaleza.» (*Filosophie de la nature.* Introd.)

¡Esto se llama entenderlo! exclama despues de esta cita M. Magy, cuyo libro *De la Ciencia y de la Naturaleza* no es mas que un solo párrafo. Tanto mejor para los que logran comprenderlo. Si algunos de vosotros no hubiesen comprendido claramente la marcha de la precedente demostracion, vean aquí el comentario explicativo de M. Vera, el discípulo mas ferviente de Hegel, que está considerado por los metafísicos como el poseedor del «arte de expresar el pensamiento del maestro con una claridad enteramente francesa.» Escuchemos esta explicacion tan clara:

«En la idea lógica que *es por sí*, y que está considerada como formando *uno* consigo misma, está la *intuicion*, y la idea que posee la *intuicion* es la *naturaleza*. No obstante, si se la considera como intuicion, la idea no se fundará sino por la reflexion exterior

mas furibundo al hombre religioso que no es de su opinion. No saben distinguir la forma del fondo. Si, por ejemplo, escribimos la profesion de fe siguiente: «Creemos desde el

con la determinacion exclusiva de un estado inmediato ó de una negacion. Pero la absoluta libertad de la idea consiste en que no solamente ella se coloca como vida, y que deja aparecer en sí el conocimiento fijado, sino en que, en la absoluta verdad que posee en sí misma, se decide á sacar libremente de sí misma el momento de su existencia particular ó de su primera determinacion, en separarse de sí misma, y en aparecer de nuevo bajo la forma de idea inmediata; en una palabra, en constituirse como naturaleza.»

¡Imagínese cualquiera condenado á leer quinientas páginas en ese tono...! Así mismo como estos raciocinios no aterran por el poder de su elocuencia, así tampoco los argumentos puramente metafísicos pueden conseguir los resultados que imaginan los que los exponen. Considerando, por ejemplo, el argumento célebre por el cual de la contingencia del mundo se deduce la existencia de una causa necesaria:

Todo contingente supone una causa necesaria:

Es así que el mundo es contingente;

Luego el mundo supone una causa necesaria.

¿Qué es lo que habeis probado despues de haber formulado este silogismo? Nada absolutamente. Como esto viene á decir que el mundo es contingente, es preciso demostrarlo. Todo ello no es mas que tiroteo de palabras, palabrería.

Lo mismo sucede con el argumento en que partiendo del órden del mundo deduce la existencia de una causa ordenadora;

Es así que el órden sensible de la naturaleza es un órden contingente, y que no procede naturalmente de las propiedades de los elementos coordinados;

Luego este órden supone una causa ordenadora, que no puede ser otra que Dios mismo.

¿Qué prueba este silogismo? lo que el precedente, nada; porque si la mayor es un axioma, la menor es una peticion de principio. Seria preciso primero *demostrar* que el órden de la naturaleza no procede de las propiedades dadas á los elementos; y esto es precisamente lo que la falsa elocuencia de los abogados no es capaz de llegar á demostrar.

La prueba dinámica de la existencia de Dios, para cuyo triunfo acaba M. Magy de escribir un volúmen en octavo, de que hablábamos hace poco, no nos parece que gana mucho en ser presentada bajo el atavío de la retórica. Ahí vá:

«Sustancias numéricamente distintas, y sin embargo, dotadas de propiedades armónicas, suponen una causa comun que las ha creado.

Es así que las fuerzas elementales, que constituyen la naturaleza de las cosas, son sustancias numéricamente distintas, y sin embargo, dotadas de propiedades armónicas;

Luego, estas fuerzas suponen una causa comun que las ha creado, y que no es otra cosa que Dios mismo.»

Esta sin duda es una forma muy metódica; pero el método mismo ya no debe ser hoy lo que era en la revolucion filosófica de Descartes.

El siglo de Moliere ha pasado ya. En vez de esa trinidad de frases trabajosamente construida, queremos mejor la simple exposicion que les añade el autor: «Porque si los elementos de la materia son fuerzas sustancialmente distintas, como resulta en efecto de

fondo de nuestro corazon en la existencia de Dios, pero no conocemos al *Sér misterioso* que se llama así y pensamos que es imposible al hombre comprenderle,» estamos per-

nuestra teoría, y si, por otra parte, como nos lo enseña la experiencia, todas estas fuerzas se influyen mútuamente segun leyes racionales, ¿cómo explicar su acuerdo y su armonía, sino por la accion de una causa comun y creadora, á menos de recurrir ya al acaso de Epicuro y de los ateos, que no es mas que una palabra vacía de sentido, ya á la hipótesis de una fuerza única, de la cual serian otros tantos modos ó emanaciones necesarias todos los séres del universo? Ficcion pueril, aunque parezca á algunos la última palabra de la razon, y ademas contradictoria á la esencia de la fuerza, que es absolutamente indivisible.

Los hegelianos, que identifican el pensamiento y el sér, los idealistas para quienes las relaciones de las cosas no son sino relaciones entre las ideas, no advierten que la lógica y la fuerza física son dos elementos diferentes. La resistencia que experimentamos al sostener una piedra no es la misma que sentimos al contradecir una verdad geométrica. Este es tambien un tiroteo de palabras que no conduce á nada. ¿Qué luz arroja sobre los problemas la siguiente declaracion? «Cuando decimos que hay en la tierra una fuerza que atrae la piedra, esto significa que al hallarse la piedra y la tierra en presencia una de otra, es necesario que la piedra caiga hácia la tierra.» M. de la Palisse no ha derribado nunca sino puertas abiertas.

Sí, las metafísicas han permanecido estériles ante los grandes problemas de la fuerza de la vida, del alma, de Dios. Elevadas para la eternidad, se han ido hundiendo sucesivamente bajo el peso de algunos pocos años. Ha pasado para nosotros el tiempo de dar oidos á todos esos sistemas que se colocan por su misma naturaleza fuera del método positivo. Pero, afirmémoslo, no todo es de desdeñar en las metafísicas. Hay en ellas al contrario un elemento eminentemente necesario que poner á salvo: este elemento es *la* metafísica verdadera. La mayor parte de los representantes de la ciencia moderna no advierten que les falta este elemento, y que no pueden constituir nada sin su ayuda. Y téngase entendido que á él deben su grandeza los Newton, los Descartes y los Leibnitz; pues su siglo todavía no habia aprendido á limitarse á la superficie de los fenómenos.

La metafísica reside toda entera en el método íntimo del espíritu: no se manifiesta, ni se expresa con una elocuencia de abogados. Procuremos fijar en el fondo de nuestro juicio este método seguro. En cuanto á las metafísicas, en cuanto á los sistemas, no nos cuidemos de ellos. Las concepciones metafísicas se han modelado siempre por el estado de la ciencia. «Esa esclavitud involuntaria, dice M. Laugel, se hace sentir en todas las filosofías, y ningun sistema se ha librado de ella. La inanidad, el vacío y la esterilidad se descubren en ella por todas partes, bajo el lujo de las imágenes y la verbosa confusion de los raciocinios, desde que se las estudia al resplandor de la ciencia moderna. ¡Cuánta paciencia se necesita para seguir aun á los génios mas bellos en el dédalo de tantos errores groseros! padece uno al verlos consumirse en su lucha contra un desconocido que los domina y los agovia. El orgullo de su pensamiento encuentra su castigo en la oscuridad del lenguaje. Ebrias y repletas de palabras, traqueteadas entre el cielo y la tierra, y sin parte alguna donde fijarse, las metafísicas no pueden tampoco llegar á destruirse mútuamente: bajo nombres nuevos, un siglo las lleva á otro, siempre tan abstrusas, tan hinchadas de quimeras y contradicciones. La ciencia positiva ha debido guardarse de

suadidos de que los supuestos defensores de la religion y de la moral de que hablamos, van inmediatamente á gritar ¡blasfemia! ¡iniquidad! y á prohibir á sus ovejas la lectura de este libro. Si no nos hubiéramos propuesto evitar toda personalidad, podríamos de antemano inscribir aquí el título de los periódicos y el nombre de los suscritores que nos tratarán de blasfemos. De estos espíritus estrechos se encuentran en todas las creencias y en todos los dogmas; católicos ó protestantes de Irlanda ó de Alemania, judios ó musulmanes del Cairo ó de Constantinopla: toda bandera tiene sus imprudentes partidarios.

Pero la investigacion independiente de la verdad excluye de su dominio la exageracion fanática lo mismo que la exageracion escéptica; prosigue laboriosamente su estudio fecundo, y expone sinceramente la enseñanza adquirida por sus descubrimientos sucesivos.

Resulta de los progresos generales de las ciencias, decíamos, que la idea vulgar sobre Dios está atrasada, y que en comparacion del resultado filosófico de esos inmensos progresos, ha llegado á ser mezquina é inaceptable. A medida que se desarrolla el conocimiento de la naturaleza, así tambien debe desarrollarse la concepcion de su Autor; son dos nociones paralelas, que participan necesariamente de iguales movimientos. Así como no hay nada de absoluto en nuestro conocimiento de la creacion, de la misma manera no la hay en nuestra idea sobre el Criador; y la ciencia, lejos de rebajar la idea antigua de la existencia de Dios, la desarrolla y la hace cada vez menos indigna de la majestad que representa.

Por tanto, no es un sér humano, ya no es un personaje real lo que la vista ilustrada descubre en la cumbre de la creacion; nuestras ideas mas elevadas de gerarquía, de soberanía, de cetros y de tronos, han perdido toda facultad de comparacion; nuestros sentimientos mas elevados de

emprender contra tantos sistemas olvidados, ó cuyo recuerdo se ha conservado solamente por algunos eruditos, una guerra formal que no tendria objeto ni gloria. Preséntase ella, y ellos desaparecen, como palidecen las estrellas á los rayos del alba. Ella no es toda la verdad, pero es la verdad; el error puede desafiarla, pero ella no necesita desafiar al error.»

santidad, de grandeza, de poder, de bondad, de justicia, caen estériles al pié del sér desconocido. Cuando pronunciamos el nombre *infinito*, hablamos de un atributo cuyo carácter ignoramos completamente. La suma entera de todos nuestros pensamientos no pesa un óbolo delante del absoluto. Comparados con la realidad de ese absoluto, están infinitamente mas lejos de él que pudieran estarlo de las nuestras, las ideas que pudiera tener un oscuro pez que viva en el fondo de los mares. Esto es lo que nos inducen á creer las revelaciones de la ciencia: agrandando la esfera de nuestras contemplaciones, y esparciendo una luz instructiva sobre la disposicion general del universo, han esclarecido y engrandecido nuestra íntima nocion de la divinidad. Pero aun cuando la ciencia no nos hubiera hecho otro servicio que éste, todavía seria inmensa su influencia, porque echando abajo el antiguo andamiaje para hacer aparecer en su lugar el edificio ideal de la verdad contemplada, cambia el eje sobre que gira el mundo, y renueva la faz de la tierra intelectual: al espíritu científico es á quien debe dirigirse en adelante aquellas palabras: *Renovabis faciem terræ.*

Pasando del dominio de los séres creados al del espíritu puro, la nocion de Dios sufre una metamórfosis correlativa á la nocion de las fuerzas de la naturaleza. Estas fuerzas ya no son lazos materiales ni aun de los fluidos; Dios se nos presenta bajo la idea de un espíritu permanente que mora en el fondo de las cosas. Ya no es el soberano gobernando desde lo alto de los cielos, sino la ley invisible de los fenómenos. No habita un paraiso de ángeles y de escogidos, pero la inmensidad infinita está ocupada por su presencia, ubicuidad inmóvil, toda entera en cada punto del espacio, toda entera en cada instante del tiempo, ó por mejor decir, eternamente infinita, para la cual no existen ni el tiempo, ni el espacio, ni ningun órden de sucesion. El pasado y el porvenir existen para nosotros, séres cuya duracion se mide, pero no existen para el Eterno. El espacio nos ofrece grandores variados, pero no los hay para el Infinito. Y estas no son afirmaciones metafísicas cuya solidez pueda ponerse en duda: son deducciones inevita-